

Veintisiete nombres de Hokusai.

Juan Cristóbal Espinosa Hudtler

Image not found.

Capítulo 1

Veintisiete nombres de Hokusai.

Está hincado, mantiene las manos apoyadas en los muslos y espera con paciencia el momento adecuado para empezar a crear su obra. Siempre lo hace de la misma forma. Primero, coloca sus acuarelas en la escala de tonos adecuada, después pone un lienzo limpiísimo perfectamente doblado sobre el que descansa el pincel, a continuación su tintero y sus pequeñas plumas de faisán afiladas con esmero. Repite en su mente los movimientos de cada línea, repasa los colores y compara las variantes de contraste que expresen mejor su estado espiritual.

Desde que ejecutó su primer trabajo se puso como objetivo principal verter un poco de su esencia en cada trozo de tela, en cada hoja de papel de arroz. Tuvo que desdoblarse en más de veinte formas. Era por eso que toda la gente se admiraba al ver los dibujos que el maestro hacía. Para él, era muy importante desplegar su alma en el trabajo:

"Una obra sin un pedacito de espíritu, no es más que un bello cascajo. Bien adornado, quizás bello, pero al fin: cascajo".

Ahora estaba calvo y su figura se había encorvado, la piel le colgaba como si se le hubiera holgado. Conservaba sólo el brillo intenso de sus ojos de lince y la mirada sabía, permanecía expectante de la inmortalidad. Sus ojos indagaban el horizonte, el monte Fuji lo arrastraba con una fuerza avasalladora.

Podía permanecer contemplando los detalles de los objetos para ornamentarlos en su memoria. Tenía a unos pasos su bello estanque, el cual había hecho con gran escrupulosidad, las carpas azules y rojiblancas lo miraban con aprecio, de vez en cuando, daban un fuerte coletazo para apresurarlo en su meditación, sin embargo el hombre era inmutable, seguía inmerso en sus técnicas de dibujo y los movimientos de su mano, parecía que practicaba una gimnasia mental y mientras no lograra la condición adecuada no se arriesgaría a pintar.

"Ya has llegado al límite —le dijo el dios nipón desde su atalaya—, no queda nada más que descubrir. Haz tu último dibujo con lo que te queda de alma y te descubriré los secretos de la eternidad. Verás al cortador de bambú, la luz de La Luna Kagulya y echarás retoños igual que los ancianos de la leyenda milenaria. Nacerás en las azaleas, vivirás en los crisantemos y madurarás en los cerezos".

Cogió con determinación sus afiladas péndulas de ave y trazó dos líneas que se unían en el horizonte. Luego dibujó un monte hermoso con la nieve hasta las faldas. Decoró el cielo con un azul milagroso, las hojas de los

cerezos eran blancas con polen rosa, la hierba y las piedras parecían más reales que las de verdad. El anciano maestro, al terminar su obra, se levantó y avanzó por la vereda dibujada. Una voz lo acompañaba en su viaje. Sentía un viento tibio, la seda de su bata le acariciaba la piel, sus pies pisaban los pétalos de las azaleas que formaban a su paso una alfombra natural, una música suave de flauta de bambú lo arrullaba con su propia meditación y se dirigió hacia el hermoso destello que lo guiaba. Vio desde arriba toda su fecunda obra. Es magnífica—Pensó—, llena de espiritualidad y armonía. Decidió que había valido la pena poner tanto amor en su trabajo, llegó a la cima de la montaña y recibió el abrazo esperado de su desperdigada alma. Sonrió y, transformado en grulla, voló hacia el sol.